

COLECCIÓN HISPANIOLA, 67

GENTE DE ACUARELA

© De los textos, Ara de Haro

© Imagen de portada: Vicente Palmaroli y González.

Mujer pintando frente al mar, hacia 1882. Óleo sobre tabla, 45 x 31,5 cm.

(Número de catálogo: P004550) Madrid, Museo Nacional del Prado.

© Archivo Fotográfico del Museo del Prado.

© Confluencias, 2026

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: Eduardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 979-13-992206-4-3

Depósito legal: AL 522-2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ARA DE HARO

GENTE
de
ACUARELA

Relatos sobre arte y artistas



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*A mi querido hermano Pedro-Antonio,
siempre mi mayor apoyo, mi mejor guía
y mi crítico más fiable.*

Compañeros de infancia, compañeros de vida.

ÍNDICE

I.	Vida de bohemia	13
II.	Frida y cuando la verdad se viste de mono	25
III.	Verde en vena	35
IV.	El perro amarillo de Van Gogh	49
V.	Huellas de carmín	63
VI.	La escritora de azul	77
VII.	Vocación tardía (Las piernas de la gran ciudad)	85
VIII.	Alegres colores	97
IX.	Color carne	105
X.	Berthe Morisot empieza a pintar una acuarela...	119
XI.	El gran blanco	131
XII.	Capricho de artista (o la caseta del final del jardín pintada por J. Singer Sargent)	141
XIII.	Escala dorada en R mayor	153
XIV.	Monumento	165
XV.	Gente de acuarela	179

GENTE
de
ACUARELA

Relatos sobre arte y artistas

I

VIDA DE BOHEMIA

Entraba un resquicio de luz por la ventana. Marco se levantó cautelosamente y fue hacia allí, rascándose la cabeza de pelos ya grises y demasiado largos, con lo que se aseguraba táctilmente que seguía siendo un cuerpo de la misma altura, desaliño y consistencia que cuando se acostó y, con prudencia bien aprendida, fue enrollando la persiana, poco a poco... Un tajo de luz, una guillotina dorada, le deslumbró, como un dios insolente de perpetua adolescencia, cortando con su cuchillo de claridad la espesa oscuridad desordenada de su dormitorio y su mente. Siempre inmisericorde, masculló y, en castigo, dejó la persiana a medias. Era de esos días en que le faltaba el coraje para dejar entrar al sol: su trazo seguro y detallado le exasperaba, como un joven pintor presuntuoso que tiene, además, un exceso de talento.

Fue al baño y, luego de sus abluciones mañaneras, se pasó un tiempo largo mirándose al espejo. Al fondo de sus ojos no veía nada que resaltar. Cansancio, aburrimiento, decepción... No era siquiera un mar gris

que se agita en vano. Era un charco inerte sin profundidad, ni dirección, ni interés, ni razón de ser. Le parecía que su aspecto era ya anticipadamente caduco. Hacía tiempo que pensaba que debía de pintar un autorretrato para testimoniar de esa mitad del camino de la vida en la que estaba, entre el cielo y el infierno. Pero su propia imagen de borrosa insignificancia le hacía desistir.

La cocina estaba bañada en esa claridad lechosa que daban los cristales esmerilados y que le envolvía cariñosamente los días malos, era una luz maternal que se le aparecía entonces como suavemente cómplice, luz difusa y lunar que no le asaltaba con preguntas demasiado difíciles. Puso la cafetera y sacó unas galletas de un cajón. Luego agarró una mandarina solitaria cuya nota naranja brillaba alegremente, desafiándole sobre la encimera blanca.

Sonó su móvil. Una voz femenina, joven, aguda y brillante como la mandarina, le dio unas órdenes rápidas. Era ella, la única mujer que tenía en su vida, su gale-rista. En el pasado había sido también su amante. Luego había dejado ya de creer en él, o quizás era él quien había dejado de creer en todo, eso no lo recordaba.

Casi enseguida sonó el timbre de la puerta: ya le había dicho ella que estaba aparcando. Mónica le pareció, como siempre, recién pintada. Brillaba como las joyas de familia en los bautizos o también como los juguetes de plástico al sol. Solo sus largos cabellos negros, naturalmente algo rizados, pero que ahora llevaba tan implacablemente lisos, eran todavía un bosque de murmullos y secretos en los que le habría

gustado perderse, como antes... Pasó como una brisa sin tocarle, recorrió su pasillo, entró en su dormitorio y subió la persiana hasta arriba del todo, luego abrió su armario, sacó la única camisa blanca que estaba allí, pálida como un fantasma entre las perchas abandonadas, y el pantalón gris de las entregas de premios que nunca le daban, y le obligó a vestirse con ello. Luego le ordenó que recogiese sus mechones grises en una coleta y le exigió que se afeitase. Marco obedeció sin rechistar.

Volvió a sonar el timbre. Era una mujer de mediana edad, vestida con el mismo colorido brillante de Mónica, como si compartiesen la misma marca de ropa o el mismo estilo moderno y festivo, pero que en ella resultaba algo más incongruente. Marco pensó con envidia en Rembrandt y todos esos pintores antiguos cuyos patrones vestían elegantemente de negro y gris con un destello de encaje blanco y alguna joya brillante. Y le entró un cosquilleo de placer ante la idea de tomar un pincel... sorprendentemente, todavía en alguna parte de su cuerpo seguía vivo el pintor.

Mónica hizo las presentaciones de rigor y los tres subieron al estudio que estaba en la parte superior, un espacio no demasiado grande pero luminoso, con una terracita pintoresca que en el pasado se había llenado a menudo de gente. Aunque Marco no era una persona sociable, tenía nostalgia de aquellos tiempos. A veces, llevaban un colchón a la terraza... entonces Mónica se quedaba a dormir con él bajo las estrellas. El amor es siempre un trágico malentendido, pensó. Pero el conocimiento de la verdad acaba

inevitablemente por llegar, aunque, a veces, nos parece que lo hace demasiado pronto.

Mónica y la desconocida se paseaban entre los lienzos a medio terminar, todos deprimentemente oscuros y demasiado empastados. Ella ni siquiera les dedicó unas palabras y la otra mujer, la cliente, los miraba con extrañeza y suspicacia que acompañaba de una mueca de repulsión.

—Me gusta mucho el color —dijo como única explicación o declaración estética. Marco quiso decirle que esa era una frase solo aceptable en un niño pequeño, pero asintió. Obedientemente sacó las obras en tonos rojizos de su última exposición de hacía cinco años y las carpetas con los dibujos abigarrados y colores vivos y arbitrarios con los que obtuvo un cierto éxito hacía mucho tiempo, al principio de todo. Mónica eligió dos o tres dibujos grandes y le explicó a la desconocida cómo podrían enmarcarlos y dónde los pondrían en su casa. Fue una animada discusión entre las dos y, al final, consiguió crear un sentimiento de cierto entusiasmo por parte de la futura coleccionista. Le preguntaron a él, obviamente solo por cumplir, y él se limitó solo a asentir, como ellas esperaban, intentando disimular el rechazo que todo eso le producía. Sabía solo que todavía quería agradar a Mónica, que no quería que dejase de venir a su casa, que no quería que desapareciese de su vida totalmente.

Cuando se fueron le pareció que ya no podría pintar, que habían acabado con toda posibilidad de inspiración para él, de poder cumplir con un día de trabajo real... Era una magnífica excusa, lo sabía. Pasaba los

días así, de excusa en excusa, asustado en el fondo de la idea cada vez más evidente, más perentoria, más real, de que ya no pintaba, de que ya no podía pintar, de que tendría que abandonar esa profesión que resultaba, cada vez más, un disfraz y no una realidad.

Bajó al bar de la plaza y se tomó una cerveza con un pincho. Mientras veía a las palomas pelearse por las migas, calculaba sus posibilidades. Podía, sí, hacerlo de siempre: quedarse abajo tomando cerveza tras cerveza hasta quedar tan atontado que solo le quedaría entrar en su dormitorio, bajar la persiana y echarse a dormir. En un canal de la televisión del bar echaban una película de vaqueros: recordó cómo le habían gustado siempre...

O podía luchar, podía pelear, podía intentar romper con su falta de inspiración y de coraje, su decepción... podía subir y buscar y empezar con cualquier cosa que en el pasado le hubiese funcionado. Mónica había dejado su carpeta de dibujos sobre la mesa. Podía continuar con ello o hacer un collage, cualquier cosa menos quedarse como estaba en ese estado de postración, de cobarde irresolución...

Se levantó de la silla (en el fondo, temblaba).

—¿Tan pronto? —le dijo el dueño del bar con una medio sonrisa de desprecio, la que se dedica a los borrachos, a los vagos, a los inútiles. Marco lo comprendió súbitamente, llevaba mucho tiempo viniendo a ese sitio que le quedaba tan cerca de su casa y nunca se había dado cuenta. Ahora ya lo sabía y se prometió no volver. Aunque como él mismo sería el primero en

reconocer, no podía confiar en exceso en sus propias promesas...

—Me debes unas cuantas...

Marco le dio la espalda y masculló con lo que le quedaba de orgullo: —Mañana te lo pago. Hoy he vendido unos cuantos dibujos...

A su espalda oyó una voz que le decía: —Enhora-buena.

Sabía que era una burla, un disparo por la espalda, le parecía ver la sonrisa malvada del dueño del bar y su intercambio de miradas con los tertulianos habituales. Eran cobardes que querían impedirle encontrar su camino. Si él se salvase, la derrota de ellos aumentaría, tiraban de él hacia las tinieblas. Así ocurre con las almas perdidas, con la gente que subsiste difícilmente. A lo mejor pensaban que mentía, pero él sabía que Mónica le haría un depósito en su cuenta o vendría a su casa con el dinero.

Subió a su piso, al estudio... hacía calor, era el mediodía de estar solo ante el peligro y su frustración era tal que empezó a tirar cosas al suelo, lienzos, cuadros y utensilios, todo al suelo... El ruido le acompañaba y le animaba como una sinfonía heroica. Miró todo lo que no se había atrevido a mirar en mucho tiempo y lo rompió. Rompió lo que no tenía salvación. Los lienzos usados que podían reutilizarse fueron recogidos y los fue colocando ordenadamente. Se daba cuenta de que no quemaba sus puentes, pero... al menos limpiaría la habitación de ilusiones muertas, al menos, la limpiaría. Era un primer paso, se dijo. Fue a por la

mopa y limpió el suelo. Metió la mierda pictórica que ni Mónica, ni la otra mujer, habían mirado en putas bolsas de basura. Ordenó sus utensilios, los limpió. Tenía alcohol, disolvente y Brumox que elimina las manchas de acrílico. Estuvo varias horas trabajando con determinación. Siempre podía alquilar el estudio o incluso, siempre podía dar unas cuantas clases. Lo peor había pasado ya. El violento mediodía quedaba atrás. Por la puerta de la terraza, empezó a entrar la brisa fresca de la tarde... Bajó y siguió limpiando el resto de la casa. Finalmente se dio una ducha fría y puso la cafetera de nuevo.

Ahora todas las ventanas estaban abiertas. Bajó con las bolsas al portal y las metió en el contenedor. Entonces se sentó con un café y la carpeta de sus dibujos.

Más que las obras en sí, se veía a sí mismo, como si hubiese abierto su propio diario: ¡Qué ingenuo había sido! ¡Cuánta ilusión desperdiciada! ¡Cuánto talento perdido no se sabe cómo! ¡Quizás no había tanto talento, pero sí algo... y con un poco bastaba... con un poco se conformaba! ¿Y esa ceguera? ¡Cómo envidiaba su antigua ceguera!, Esa fe en ser «artista», en expresar lo que no había sido expresado. Reproducir lo invisible. Daría lo que fuera por ser de nuevo un gilipollas. Un iluminado. Un portador de la antorcha. Un putito Prometeo.

Sorprendentemente sonó el timbre de la puerta. Se quedó escuchando, sin mover un músculo. ¿Acaso no era lo que estaba deseando? Si era Mónica, decidió que se echaría a sus pies. Le pediría que volviese con él. Le prometería ponerse a pintar en firme y hacer

todo lo que ella le había pedido en el pasado. Dar clases, ir a los lugares adecuados, hablar amablemente con la gente importante, no dar su opinión sobre los comisarios ridículamente pedantes, ni los artistas mediocres que se ponen de moda por los intereses económicos y políticos de siempre. Sí, hasta se metería en las redes...

Abrió la puerta.

No era Mónica, era la mujer de la mañana, la coleccionista que había venido con ella.

—¡Vaya! ¡Qué cara de decepción!

Como la mujer casi no le había dirigido la palabra, le sorprendió oír su voz, su musical acento sevillano. Clase alta, quizás aristócrata incluso. Llevaba un traje granate oscuro que la favorecía y llevaba los ojos negros muy oscuros y los labios muy rojos.

—Voy de camino a una fiesta —le aclaró ella como si pudiese leer en sus pensamientos.

—Claro —le dijo él.

—Esta mañana me encapriché de un dibujo, pero he pensado que como Mónica los vende tan caros... quizás podríamos llegar a un acuerdo privado.

Marco no sabía qué decir. No deseaba hacer nada que pudiese enfadar a Mónica, pero comprendía que quizás nada le enfadaría más que el hecho de que su cliente quedase descontenta.

Frente a su pasividad, la mujer entró en su salón donde estaba todavía la carpeta abierta con sus dibujos...

—Está todo mucho más limpio que esta mañana, se ve que ha venido la chica y ha puesto la casa al día, realmente lo necesitaba, es bonita, con posibilidades, pero estaba abandonada...

—Sí —dijo él.

—Veo que eres un hombre de pocas palabras. Mejor, no soportó los hombres habladores, los charlatanes que cotorrean sin cesar... —le soltó ella.

Luego le extendió la mano: —me llamó Carmen.

Esa sencillez le gustó.

—Carmen, en hebreo significa jardín —dijo él.

—Sí, y en latín, canción —le respondió ella.

—Ah... tienes aquí la carpeta —dijo ella empezando a pasar las hojas...

—¿Qué estás buscando?

—Ese dibujo que representa un ala...

Marco quedó en silencio nuevamente, no recordaba ningún dibujo suyo con un ala...

—Antes no lo entendí, pero no me la puedo quitar de la cabeza...

Encontró el dibujo y se lo enseñó a él.

Marco había pintado una llama... pero sí, podía tomarse fácilmente por un ala y así resultaba mucho más sugerente... Un ala rota, así se sentía...

—Mónica está vendiendo estos dibujos a 1.500 euros: ¿Lo sabías?